

Libros

08

Los milagros del folletín

Descubrir a un autor nuevo y una historia fascinante, eso son los dos grandes méritos de este libro del XIX

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Con una sugerente y didáctica introducción de Juan Mari Barasorda aparece en librerías una nueva entrega de la estupenda colección «Misterios de Época», con la que la editorial asturiana d'Época pretende ofrecernos un muestrario lo más completo posible de la novela policiaca antes de la novela policiaca *stricto sensu*, o sea, la que, a partir de pioneros fue consolidando su etiqueta a lo largo de la centuria decimonónica. No me avergüenza confesar que hasta que me enfrenté al prólogo de Barasorda no tenía la más mínima idea de quién era el tal Du Boisgobey. Y confieso también que no hay nada que pueda satisfacerme más que aprender cosas nuevas. Después de leer *El crimen del ómnibus* no es fácil que me olvide del nombre y de la peripecia biográfica de su autor, porque he disfrutado una barbaridad.

Antes de decirles por qué me ha divertido tanto, les diré que Fortuné-Hippolyte-Auguste Abraham-Dubois, dit Fortuné du Boisgobey, nació en Granville (Normandía) en 1821 y murió en París casi setenta años después. Procedía de una familia de origen aristocrático, los Boisgobey o Boisgobey, que cambiaron su lustrado apellido por otro más «democrático» en los tiempos difíciles de la Revolución. Pocos folletínistas me he topado hasta ahora, en mi condición de adicto al género folletinesco, tan brillantes como él en un siglo en el que, solo en Francia, había competidores de la talla de un Dumas padre, de un Eugène Sue, de un Paul Féval. Pero Boisgobey añade al folletín, de raíces históricas o sociales, el componente criminal que le faltaba, erigiéndose junto a Wilkie Collins en el rey del folletín policiaco europeo. Tanto es así que, en la mismísima Inglaterra, tan pródiga en paleo-novelistas policiacos, su narrativa fue traducida y devorada con avidez en los años 70 y 80

del siglo XIX, hasta que apareció *Estudio en escarlata* de Conan Doyle en el Beeton's Christmas Annual de 1887, inaugurando las hazañas del incomparable detective Sherlock Holmes y batiendo marcas de ventas. Por eso me parece rarísimo que el reciente *Dictionnaire des littératures policières* de Claude Mespiède, mi guía imprescindible de viaje por la literatura policiaca, no incluya la voz Boisgobey en el tomo I de la obra.

Enigma de habitación

Ausencias injustificables aparte, *El crimen del ómnibus* es un enigma de habitación cerrada en movimiento, como lo será más tarde la célebre novela de Agatha Christie *Asesinato en el Orient Express*. Los detectives son aquí dos pintores, uno formal y exitoso y otro disparatado y bohemio, que responden, respectivamente, a los nombres de Freneuse y Binos. El primero de ellos viajaba en el ómnibus en el que fue asesinada una joven italiana por oscuros motivos económicos relacionados

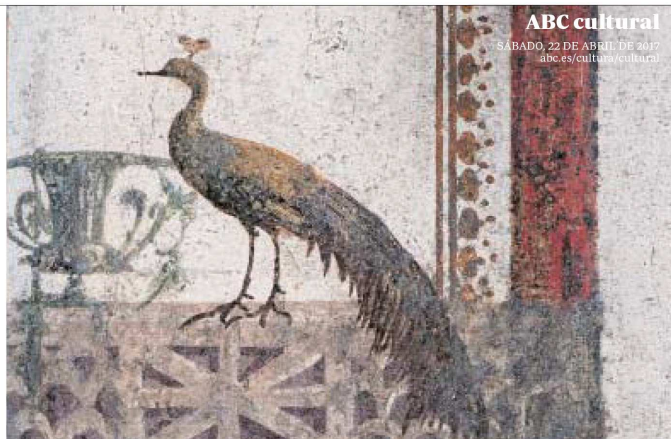
**DESPUÉS DE LEER
«EL CRIMEN DEL
ÓMNIBUS» NO ES
FÁCIL QUE ME
OLVIDE DEL
NOMBRE DE SU
AUTOR**

con la herencia de un padre francés que siempre se negó a reconocer su paternidad. Líos, pues, de familia, como corresponde a un folletín, chicas monas y pobres que se ganan la vida posando para pintores afiliados aún al realismo preimpresionista de un Courbet o de un Corot, un burgués tan ávido de bienes materiales como solo los burgueses de entonces podían serlo... Toda una galería de personajes que entrecruzan sus vidas de forma milagrosa, porque en el folletín no solo no están prohibidos los milagros, sino que forman parte de su estructura, como para hacernos ver que el azar puede, a veces, compadecerse de nuestras aburridas existencias en forma de descubrimientos literarios como este mío de Fortuné du Boisgobey.

**El crimen del ómnibus
Fortuné du Boisgobey**



Narrativa
Trad. Eva
María Glz.
Pardo
d'Época, 2017
312 páginas
18,90 euros



Pavo real en una de las pinturas del libro «Aquellas aves de Pompeya»

Razones por las que amamos a las aves

Varios títulos explican nuestra fascinación por los pájaros desde el punto de vista artístico, científico y filosófico

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

En uno de los capítulos de *El caminante*, del dibujante de manga japonés Jiro Taniguchi, el protagonista se topa en un bosquecillo con un ornitólogo que le invita a observar pequeñas aves con un telescopio. Las viñetas perfectas, sin apenas bocadillos que las disturbén, el guiño minimalista, la placidez desbordante. Desmintamos el proverbio griego: las cosas hermosas no tienen por qué ser necesariamente difíciles. En la belleza de las cosas pequeñas podemos encontrar el camino de la felicidad. Situémonos en alguno de nuestros amaneceres; si es en el campo, mejor, pero vale la ciudad, pues hay trinos en los parques. Ese momento misterioso en que las aves cantan con mil voces distintas «una música numerosa como el espacio, pero alejada al día», tal como lo describió Emily Dickinson. Las aves como figurantes de escenas sencillas, en apariencia insignificantes. Como elementos de placer, de libertad, de creatividad.

Varios libros de reciente publicación explican nuestra fascinación por estas criaturas que pueblan el planeta desde hace más de cien millones de años, una de las grandes historias de éxito de la naturaleza. Las 10.400 especies cataloga-

das (más del doble que mamíferos) son descendientes de los pocos dinosaurios que sobrevivieron al cataclismo que aniquiló a sus parientes. Este origen remoto era desconocido para los antiguos romanos, que plasmaron aves en mosaicos o frescos murales porque eran importantes para ellos: no solo como alimento, sino como objetos de contemplación.

Paseo ornitológico

Karin Faber nos propone un paseo ornitológico por el año 79 d. C. en *Aquellas aves de Pompeya* (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2016), guía de espléndida factura en la que fotos de animales reales acompañan a sus representaciones artísticas, con explicaciones de las características de las especies y del rol que tenían en el mundo romano. Un cambio de tercio sobre los elementos decorativos más célebres de la *domus pompeyana*, de sus termas y lupanares, donde abundan batallas y escenas eróticas. Aves en fresco y en vivo, que intuyeron el enojo del Vesubio, que volaron lejos durante la hecatombe y regresaron cuando las ascuas se enfriaron.

Bichos listos a pesar de la expresión «cabeza de chorlito» para referirnos a los botarates. La desmiente *El ingenio de los pájaros* (Jennifer Ackerman, Ariel, 2017), una obra didáctica y entretenida para todos los públicos. Explica cómo seres con el cerebro del tamaño de una nuez son capaces de realizar sofisticadas proezas mentales. Seres emprendedores, astutos, de mentes cartográficas, como

el cuervo de Nueva Caledonia, el pájaro más inteligente del mundo –los científicos prefieren «cognición» a «inteligencia» para no antropomorfizar comportamientos animales–, capaz de resolver rompecabezas de ocho pasos en dos minutos. O los buitres de Zimbabwe que se posaban en alambradas cerca de campos minados a la espera de que gacelas entraran en ellos y detonaran los explosivos; eso les proporcionaba comida preparada hecha papilla.

También en la editorial Ariel, *Los pájaros, el arte y la vida* (Kyō Maclear, 2017) sugiere una desconexión de la rutina y la reconexión con uno mismo. El libro enlaza con aquel caminante de Taniguchi que llegaba al corazón de las cosas desde pequeñas ambiciones. Como observar (y amar) a los alados proletarios del aire.

**Aquellas aves de Pompeya
Karin Faber**



Ensayo
R. A. de
Bellas Artes
de San
Fernando,
2016
182 páginas
25 euros

**El ingenio de los pájaros
Jennifer Ackerman**



Ensayo
Trad. de
Gemma Deza
Ariel, 2017
416 páginas
21,90 euros
E-book:
13,29 euros

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com - +1 684 278 4664
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW